

la idea de que, si podía sustraerme á las miradas de los hombres, no podía sustraerme á las de Dios (1).» En medio de las galanterías licenciosas y de los sonetos hueros que entonces se prodigaban, había conservado su sublime idea de la poesía; pensaba escoger un asunto heroico en la historia antigua de Inglaterra, y se confirmaba en la opinión de «que el que quiere escribir bien sobre cosas loables, si no ha de ver defraudada su esperanza, debe empezar por ser él mismo un verdadero poema, es decir: un conjunto y un modelo de las cosas más honrosas y mejores, y no tener la pretensión de cantar las altas alabanzas de los hombres heroicos ó de las ciudades famosas sin tener en sí propio la experiencia y la práctica de todo lo que es digno de loa (2).» Tenía predilección por Dante y Petrarca á causa de su pureza, porque, según se decía á sí mismo, «si en la mujer, á quien San Pablo llama la gloria del hombre, es la impudicia tan gran escándalo y tan gran deshonor, en el hombre, que es la imagen y la gloria de Dios juntamente, debe ser mucho más deshonrosa y más infame, aunque no se crea así por lo común.» Pensaba «que todo espíritu noble y libre debe ser caballero de nacimiento y sin juramento» por la práctica y la defensa de la castidad, y conservó su virginidad hasta á su matrimonio (3). Cualquiera tentación, temor ó atractivo, le hallaba, igualmente, firme y resistente. Por gravedad y decoro evitaba las disputas de religión; pero, si se atacaba la suya, la defendía con vehemencia, hasta en Roma, enfrente de los jesuitas que maquinaban contra él, á

(1) Véanse también los sonetos italianos donde respira un sentimiento tan religioso.

(2) *Apology for Smectymnus*.

(3) Véase su *Tratado del divorcio*, que es transparente.

dos pasos de la Inquisición y del Vaticano. El deber peligroso, en vez de arredrarle, le atraía. Cuando empezó á regir la revolución, volvió, por conciencia, como un soldado que, al ruido de las armas, corre al peligro «mirando como cosa vergonzosa el pasarse el tiempo en el extranjero, ociosa y agradablemente, mientras sus compatriotas luchaban por su libertad.» Entablada la lucha, apareció en las primeras filas como voluntario, exponiéndose á los golpes más rudos. En toda su educación y en toda su juventud, en sus lecturas profanas y en sus estudios sagrados, en sus acciones y en sus máximas, transpira ya su pensamiento dominante y permanente: la resolución de desenvolver y emancipar en sí mismo el hombre ideal.

## II

Dos potencias principales guían á los hombres: el impulso y la idea. La una domina á las almas sensibles, abandonadas, poéticas, capaces de metamorfosis, como Shakspeare; la otra gobierna á las almas activas, resistentes, heroicas, capaces de inmutabilidad, como Milton. Las primeras son simpáticas y fecundas en efusiones; las segundas son concentradas y propensas á la reserva (1). Las unas se entregan; las otras se reservan. Aquéllas, por confianza y sociabilidad, con instinto de artistas y una súbita comprensión imitativa, toman involuntariamente el tono

(1) «Aunque yo no hubiese tenido más que una leve tintura de cristianismo, cierta natural reserva y la disciplina moral enseñada por la más noble filosofía, hubiesen bastado para inspirarme el desdén de las incontinencias.» (*Apología* en pro de *Smectymnus*.)

y la disposición de los hombres y de las cosas que las rodean, y su interior se pone inmediatamente en equilibrio con el exterior. Estas, por desconfianza, por rigidez, con instinto de combatientes y una pronta mirada dirigida á la regla, se repliegan naturalmente sobre sí mismas, y en el recinto murado en que se encierran no sienten ya la sollicitación ni la contradicción de sus alrededores. Se han formado un modelo, y en adelante ese modelo los impulsa ó contiene, como una consigna. A semejanza de todos los poderes destinados á imperar, la idea interior vegeta y absorbe en beneficio propio el resto de su ser. La hunden en su seno á fuerza de meditaciones, la nutren de razonamientos, ligan á ella la red de todas sus doctrinas y de todas sus experiencias; de modo que, cuando los asalta una tentación, lo que ataca la tentación no es un principio aislado, sino la madeja entera de sus creencias: madeja infinitamente ramificada y demasiado tenaz para que pueda arrancarla una seducción sensible. Al mismo tiempo el hombre, por hábito, se ha puesto á la defensiva; la actitud militante le es natural, y se mantiene erguido, apoyado en el orgullo de su valor y en la madurez de sus reflexiones.

Un alma así es como un buzo en su campana (1); atraviesa la vida como atraviesa el buzo el mar: pura, pero aislada. De vuelta á Inglaterra, volvió á engolfarse en sus libros, y admitió en su casa algunos alumnos á quienes impuso, como á sí propio, un trabajo continuo, lecturas serias, un régimen frugal, una conducta severa: vida de solitario, casi de eclesiástico. De repente, en un mes, después de un viaje al campo,

(1) Expresión de Juan Pablo Richter. Véase un artículo excelente sobre Milton, *National Review*, Julio de 1859.

se casó (1). Al cabo de algunas semanas su mujer tornó á la casa paterna, no quiso volver más, no hizo caso de sus cartas y despidió con desdén á su mensajero. Los dos caracteres habían chocado. Nada agrada menos á las mujeres que el natural austero y retraído. Ven que no tienen influjo sobre él: su dignidad las espanta, su orgullo las ahuyenta, sus preocupaciones las dejan aisladas; se ven pospuestas, desatendidas por intereses generales y por curiosidades especulativas; se ven, además, juzgadas, según una regla inflexible; se ven miradas, á lo sumo, con condescendencia, como un ser menos racional é inferior; se ven excluidas de la igualdad que reclaman y del amor, que es lo único que puede compensarlas de la pérdida de la igualdad.

El tipo *sacerdote* está hecho para la soledad; le faltan las deferencias, las gracias y abandonos, el atractivo y la dulzura indispensables en toda sociedad; se le admira, pero se le planta, sobre todo cuando se es un espíritu un poco limitado y vulgar, como el de la mujer de Milton, y la medianía de la inteligencia viene á sumarse con las repugnancias del corazón. «El tenía (dicen los biógrafos) cierta gravedad de naturaleza... una severidad de espíritu que no se avenía á las cosas pequeñas» y le mantenía en alturas distantes del círculo doméstico. Se le acusaba de ser «áspero, colérico», y ciertamente miraba mucho por su dignidad de hombre, por su autoridad de esposo, y no se consideraba tan estimado, respetado y atendido como creía merecer serlo. En fin, se pasaba el día entre los libros, y el resto del tiempo habitaba en un mundo abstracto y sublime de que pocas mujeres han tenido la

(1) En 1643, á los treinta y cinco años.

llave, y su mujer menos que ninguna. En efecto: él había hecho su elección como hombre de gabinete, con tanta más inexperiencia cuanto «más metódica y sobria» había sido su vida anterior. De análoga manera sintió la huida de su mujer como hombre de gabinete, con tanta más irritación cuanto mayor era su desconocimiento de las cosas del mundo. Sin temor al ridículo, y con la rigidez de un teórico que choca de repente con la vida real, escribió tratados á favor del divorcio, los firmó con su nombre, los dedicó al Parlamento, se creyó divorciado, de hecho, puesto que su mujer se negaba á volver, y de derecho, porque él tenía en su abono cuatro pasajes de la Escritura. Tras esto hizo la corte á una muchacha, y de pronto, viendo á su lado á su mujer llorosa, la perdonó, volvió á admitirla y tornó á su seco y triste matrimonio, sin atender á las lecciones de la experiencia, antes por el contrario, contrayendo más adelante otras dos uniones, la última con una mujer que tenía treinta años menos de edad. No fué más afortunado en otras cosas de su vida doméstica. Había tomado á sus hijas por secretarias, y las hacía leer lenguas que no entendían, ingrata tarea de que se quejaban amargamente. El padre, en cambio, las acusaba de no ser «respetuosas ni buenas para con él, de abandonarle, de entenderse con la criada para sisarle en las compras, de robarle los libros, hasta el punto de que hubiesen querido vender todos los que quedaban á los traperos». María, la segunda, dijo un día al saber que su padre iba á casarse: «No es una noticia su matrimonio; una verdadera noticia sería su muerte.» Palabras tremendas que proyectan una extraña luz sobre las miserias de aquel hogar doméstico. Ni las circunstancias ni la naturaleza le habían hecho para la felicidad.

## III

Le habían hecho para la lucha, y desde su vuelta á Inglaterra en la lucha se había empeñado por entero, armado de lógica, de cólera y de erudición, acorazado por la convicción y la conciencia. «No bien (dice) se concedió la libertad, al menos de palabra, todas las bocas se abieron contra los obispos... Despertado por todo eso, y viendo que se tomaba el verdadero camino de la libertad, y que los hombres que partían de ese principio se disponían á librar de la servidumbre toda la vida humana..., como desde mi juventud me había preparado ante todo á no permanecer ignorante de ninguna de las cosas que se refieren á las leyes divinas y humanas..., resolví, aunque ocupado entonces en meditar sobre otros asuntos, dirigir hacia ese lado toda la fuerza y toda la actividad de mi espíritu»; y escribía, en efecto, su tratado *De la reforma en Inglaterra* (1), ridiculizando y combatiendo con altanería y desdén al episcopado y á sus defensores. Refutado y atacado, redobló su acerbidad y trituró á los que había rendido. Ya en lo más fuerte de la exaltación de su creencia, y como jinete desalado que atraviesa de una embestida toda la línea de batalla, llegó hasta el príncipe, abogó por la abolición de la monarquía como por la supresión del episcopado, y un mes después de la muerte de Carlos I justificó la ejecución, respondió al *Eicon Basilice* y luego á la *Defensa del Rey* por Saurmaise con una grandeza de estilo y un desdén incomparables, combatiendo como apóstol, como hombre

(1) 1641.

poseído de la superioridad de su ciencia y de su lógica, que quiere hacer sentir esa superioridad, que pisotea y aplasta soberbiamente á sus adversarios en concepto de ignorantes, de espíritus inferiores y de corazones ruines. «Los reyes (dice al comienzo del *Iconoclasta*), aunque fuertes en legiones, son débiles en argumentos, acostumbrados, como están desde la cuna, á servirse de su voluntad como de su mano derecha y de su razón como de su mano izquierda. Cuando, por una circunstancia inesperada, se ven reducidos á este género de combate, no ofrecen más que un débil y menguado adversario.» Con todo, por amor á aquellos á quienes subyuga ese nombre deslumbrador de majestad, consintió «en recoger el guante del rey Carlos» é hizo que se arrepintiesen los imprudentes que le habían arrojado. Lejos de arredrarse por la acusación de asesinato, se engrió con ella. Habló sin ambages del regicidio, le expuso á todas las miradas en un carro de triunfo y le hizo gozar de toda la luz del cielo. Contó en tono de juez «cómo aquel rey perseguidor de la religión y opresor de las leyes, después de una larga tiranía había sido vencido con las armas en la mano por su pueblo; cómo reducido después á prisión, y no ofreciendo ni en sus actos ni en sus palabras nada que permitiese esperar de él mejor conducta, había sido condenado por el soberano consejo del reino á la pena capital, y ejecutado, en fin, á las puertas mismas de su palacio... ¿Hubo jamás monarca sentado en el más alto trono que brillase con majestad más grande que la del pueblo inglés cuando, sacudiendo la superstición antigua, cogió á ese rey, ó más bien, á ese enemigo que, entre todos los mortales, reivindicaba para sí de derecho divino la impunidad, le prendió en la red de sus propias leyes, le anonadó con un juicio, y viéndole

culpable, no temió entregarle al suplicio á que él había entregado á los demás?»

Después de haber justificado la ejecución, la santificó; la consagró por los decretos del cielo, después de haberla autorizado por las leyes de la tierra; no contento con ponerla bajo el amparo del derecho, la puso bajo el amparo de Dios. Ese Dios es el que derriba «á los reyes desaforados y soberbios, y el que los extirpa de raíz con todo su linaje». «Nosotros, elevados de repente por su mano visible hacia la salvación y la libertad casi perdidas, guiados por él, veneradores de sus divinos vestigios impresos por todas partes del ante de nuestros ojos, hemos entrado en una vía no obscura, sino ilustre, abierta y manifestada por sus auspicios (1).» El razonamiento acaba aquí por un canto de victoria, y tras el combatiente se revela el visionario.

Tal apareció en todas sus acciones y en todas sus doctrinas. Las sólidas filas de argumentos erizados y

(1) Esta defensa está escrita en latín:

«Sois los primeros hombres á quienes Dios ha redimido de las dos pestes mayores de la vida humana, de las más hostiles á la virtud: la tiranía y la superstición. Él os ha inspirado la grandeza de alma bastante para juzgar con un juicio ilustre á vuestro rey prisionero vencido por vuestras armas, para condenarle y castigarle. Después de una acción tan gloriosa, no debéis pensar ni hacer nada bajo ni pequeño, nada que no sea grande y elevado. El único camino para alcanzar esa gloria, es demostrar que, así como habéis vencido á vuestros enemigos por la guerra, también podéis en la paz, más animosamente que todos los otros hombres, abatir la ambición, la avaricia, el lujo, todos los vicios que corrompen la fortuna próspera y tienen subyugado al resto de los mortales, y que vuestra moderación, vuestra templaza y vuestra justicia para conservar la libertad, igualan al valor que tuvisteis para rechazar la servidumbre.»

disciplinados que ordenaba en batalla, trocábanse en su corazón, en el momento del triunfo, en gloriosas procesiones de himnos coronados y resplandecientes. Transportado y en plena ilusión, vivía así á solas con lo sublime como un pontífice guerrero que, dentro de su rígida armadura ó en su capilla resplandeciente, se mantiene en pie cara á cara con la Verdad. Así embebido en su lucha y en su sacerdocio, permanecía fuera del mundo, tan ciego frente á los hechos palpables como defendido contra las seducciones sensibles; lejos del alcance de las manchas y de las lecciones de la experiencia, era tan incapaz de dirigir á los hombres como de someterse á su influjo.

Nada había en él parecido á las habilidades ni á las contemporizaciones del estadista, calculador prudente que se detiene á la mitad del camino, que tantea con la vista fija en los sucesos, que mide lo posible y usa de la lógica para la práctica. Es teórico y quimérico. Encerrado en sus ideas, no ve otra cosa, y se prenda de ellas. Cuando habla contra los obispos, quiere que se extirpen al momento, sin contemplaciones; exige que se establezca al instante el culto presbiteriano, sin precaución, sin miramientos, sin reservas. El mandamiento de Dios, es deber de todo fiel; no hay que andar en juegos con Dios ni en regateos con la fe. Concordia, dulzura, libertad, piedad, todo un enjambre de virtudes ve él salir del culto nuevo. Que el rey no tema nada; su poder será más firme. Veinte mil asambleas democráticas se guardarán de atentar contra su derecho (1). Esas ideas hacen sonreír. Se está viendo al hombre de partido, que cuando todo marchaba por la pendiente de la restau-

(1) *The Reformation*, 272.

ración, cuando «toda la multitud ansiaba locamente tener un rey», publicaba «el medio fácil y pronto de establecer una república libre», y describía el plan extensamente. Se está viendo al teórico, que para hacer instituir el divorcio, no recurría más que á la Escritura, y pretendía cambiar la constitución civil de un pueblo, cambiando el sentido corriente de un versículo. Con los ojos cerrados, con el texto sagrado en la mano, marcha de consecuencia en consecuencia, pisoteando las preocupaciones, las inclinaciones, las costumbres, las necesidades de los hombres, como si el razonamiento ó el espíritu religioso fuesen todo el hombre, como si la evidencia produjese siempre la creencia, como si la creencia condujese siempre á la práctica, como si, en el combate de las doctrinas, la verdad ó la justicia diesen á las doctrinas la victoria y el cetro. Para colmo, bosquejó un tratado de la educación, en que propuso enseñar á todos los alumnos todas las ciencias, todas las artes y, lo que es más, todas las virtudes. «El maestro que tenga el talento y la elocuencia convenientes podrá inspirarles en poco tiempo un ánimo y una diligencia increíbles, infundiendo en sus pechos jóvenes un ardor tan noble y tan generoso que muchos de ellos no podrán menos de ser hombres renombrados y sin igual.» Milton había enseñado varios años. Para conservar semejantes ilusiones después de tales experiencias, era menester ser insensible á la experiencia y estar predestinado á las ilusiones.

Pero su rigidez constituía su fuerza y la estructura interior que cerraba su espíritu á las enseñanzas armaba su corazón contra los desfallecimientos. Ordinariamente, en los hombres, la fuente de la abnegación se seca al contacto con la vida. Poco á poco, á

fuerza de rodar por el mundo, se entra en su carril. Nadie quiere ser juguete y negarse las licencias que los demás se toman; cede uno en su severidad juvenil, y hasta sonríe, atribuyéndola al hervor de la sangre; ha penetrado en los propios motivos, y deja de estimarse sublime. Se acaba por mirar tranquilamente marchar el mundo, procurando evitar los choques y recogiendo aquí y allí algunas migajas de placer.

Nada semejante en Milton. Permaneció integro é intacto hasta lo último, sin desmayo ni debilidad; ni pudo instruirle la experiencia, ni pudieron abatirle los reveses; lo soportó todo y no se arrepintió de nada. Había perdido la vista voluntariamente, escribiendo, aunque enfermo, y á pesar de la prohibición de los médicos, para justificar al pueblo inglés contra las invectivas de Saumaise. Asistía á los funerales de su república, á la proscripción de sus doctrinas, á la difamación de su honor. En torno de él se revelaba el disgusto de la libertad y el entusiasmo por la servidumbre. Un pueblo entero se precipitaba á los pies de un joven libertino, incapaz y traidor. Los gloriosos jefes de la fe puritana eran condenados, ejecutados, descolgados vivos de la horca, despanzurrados entre insultos; otros, á quienes la muerte había salvado del verdugo, eran desenterrados y expuestos en el patíbulo; otros, refugiados en el extranjero, vivían bajo la amenaza y los atentados de las espadas realistas; otros, en fin, más desgraciados que los demás, habían vendido su causa por dinero y por títulos, y se contaban entre los verdugos de sus antiguos amigos. Los ciudadanos más piadosos y austeros de Inglaterra llenaban las cárceles ó vagaban en la indigencia y en medio del oprobio, y el vicio grosero, sentado en el

trono descaradamente, agrupaba en torno suyo la plebe de las concupiscencias y de las sensualidades desenfrenadas.—El mismo había tenido que ocultarse; sus libros habían sido quemados por la mano del verdugo; aun después del acto general de clemencia, se le encarceló; recobrada la libertad, vivía esperando «el asesinato»: porque el fanatismo particular podía recoger el arma abandonada por la vindicta pública. Otras desgracias menores venían á exacerbar con sus pinchazos las grandes llagas que le atormentaban. Las confiscaciones, una bancarrota y el gran incendio de Londres le habían quitado las tres cuartas partes de su fortuna (1), sus hijas no tenían para él consideración ni respeto; vendía sus libros, sabiendo que su familia no era capaz de aprovecharse de ellos; y entre tantas miserias privadas y públicas permanecía tranquilo. En vez de renegar de lo que había hecho, se gloriaba; en vez de abatirse, se ratificó; en vez de desmayar, se fortificó. «Hace tres años (2), decía ya bajo la república, estos ojos, aunque puros de toda mancha, privados de su luz, han cesado de ver. Ni sol, ni luna, ni estrellas, ni el hombre, ni la mujer, nada aparece ya á sus globos inútiles. Con todo, no murmuro contra la mano ó la voluntad del cielo, ni en nada menguan mi ánimo ni mi esperanza; firme y erguido, bogo hacia adelante. ¿Qué me sostiene, preguntas? La conciencia de haberlos perdido trabajando en defensa de la libertad, noble tarea de que habla Europa del uno al otro confín. Ese solo pensamiento, así no tuviese mejor guía, bastaría para permitirme

(1) Cuando murió, no dejó en total más que 1.500 libras, incluyendo el producto de su biblioteca.

(2) 1554, soneto XXII.

caminar contento, aunque ciego, al través de la vana mascarada del mundo (1).» Se lo permitió efectivamente; «la coraza de diamante (2)», que había protegido al hombre maduro contra heridas de la batalla, protegía al viejo contra las tentaciones y las dudas de la derrota y de la adversidad.

## IV

Vivía en una casita de Londres, ó en el campo, en el condado de Buckingham, frente á un elevado y verde cerro; publicaba su *Historia de Inglaterra*, su *Lógica*, un *Tratado de la verdadera religión y de la herejía*, y meditaba su gran *Tratado de la doctrina cristiana*; entre todos los consuelos, el trabajo es el más sano y fortificante, porque alivia al hombre, no proporcionándole dulzuras, sino pidiéndole esfuerzos. Todas las mañanas hacía que le leyesen en hebreo un capítulo de la Biblia, y permanecía algún tiempo grave y silencioso, á fin de meditar en lo que había oído. Jamás iba á ningún templo. Independiente en religión como en todo, se bastaba á sí mismo; no encontrando en ninguna secta los caracteres de la verdadera Iglesia, oraba á Dios solitariamente, sin necesidad de ajeno auxilio. Estudiaba hasta el medio día; después, tras un ejercicio de una hora, tocaba el órgano ó la viola. Luego, reanudaba sus estudios hasta las seis, y por la noche conversaba con sus amigos. Los que iban á verle, le encontraban, por lo común, «en una pieza tapizada de verde, sentado en un

(1) Soneto XIX.

(2) Sonetos italianos, VI, 4.

sillón y vestido de negro»; «su tez era pálida (dice una visita), pero no cadavérica, padecía de gota en pies y manos»; «el pelo, de color castaño y partido por la mitad, le caía formando largos bucles; los ojos, pardos y límpidos, no denotaban que estuviese ciego». Había sido sumamente hermoso en su juventud, y sus mejillas, inglesas, tan delicadas en otro tiempo como las de una joven, conservaron su color hasta lo último. «Su continente era afable; su porte viril atestiguaba intrepidez y bríos.» Sus retratos respiran cierta altivez y grandeza, y pocos hombres ciertamente han hecho tanto honor al hombre. Así se apagó esa noble vida, como un sol que se pone resplandeciente y sereno. En medio de tantas pruebas, le fué concedida una alegría elevada y pura, verdaderamente digna de él: el poeta que alentaba en el puritano, había reaparecido más sublime que nunca, para dar al cristianismo su segundo Homero. Los ensueños deslumbradores de su juventud y los recuerdos de su edad madura se agrupaban en torno de los dogmas calvinistas y de las visiones de San Juan para formar la epopeya protestante de la Condenación y de la Gracia, y la inmensidad de los horizontes primitivos, las llamaradas del pabellón infernal, las magnificencias del atrio celeste abrían al «ojo interior» del alma regiones desconocidas allende los espectáculos que los ojos de carne habían perdido.